

Memoria, pensamiento y verdad

Fidel Negrete Estrada
IMCED

Represión y temor: dispositivos para olvidar y recordar

Regularmente se cree que un pueblo excesivamente reprimido carece de memoria, y que esta insuficiencia repercute directamente en los anhelos de liberación al que todos los pueblos aspiran o quieren mantener. Por supuesto que hay una liga que une al pasado con lo presente y ésta no es otra que la memoria. Ahora bien, aunque es la represión sin duda uno de los mecanismos que bloquean a la memoria, a decir verdad, no hay que perder de vista que el resultado de ésta es el temor. El pensador alemán Friedrich Nietzsche, en una de sus sentencias más agudas, enseña que el gusano que ha sido pisado una vez, se enrosca cada vez que presiente el peligro de ser pisado nuevamente; de esta forma cree asegurar su sobrevivencia. No sucede en efecto de forma distinta cuando los espíritus débiles sufren de represión. De tal manera que no es tan fortuita la idea de que es el temor y no tanto la represión el cómplice del olvido, pues si la memoria enmudece es en virtud de que en la conciencia medrosa siempre está latente la posibilidad de que recordar más allá del margen de lo permitido implica violencia dirigida hacia quienes se atreven a hacer pública la memoria. De ahí que no es del todo inexacto afirmar que es el temor lo que impide conocer –en el sentido de que el conocimiento es una de las modalidades de la memoria– de modo verdadero, pues antes de todo conocer está el deseo de saber o no saber la verdad, sin que ello signifique que no haya conocimiento en los que la verdad está velada.

Y es quizás también y paradójicamente el temor un alimento del deseo de saber y lo que mueve al pensamiento exasperado, el pensamiento asediado por las injusticias del presente que en otros pensamientos sólo son justificadas como un producto mórbido que escapa a la marcha regular y progresista que enseñan las historias patrias, meras salvedades o vicisitudes en la marcha ordenada de la historia, e incluso entendidas como injusticias que no se sabe a ciencia cierta de donde provienen puesto que no

están inventariadas como un legado del pasado glorioso que cuentan nuestros libros de historias oficiales.

Querer saber implica una afición a la verdadera verdad, pues no convencen las verdades oficiales –por muy verdaderas que éstas se digan–, implica además angustia y enardecimiento por el silencio que suscribe una desesperante pasividad ante lo injusto. El querer no saber, anula la vital exasperación ante lo injusto, convierte a los hombres en autómatas que sólo repiten lo que les es permitido repetir.

Hacer público el pensamiento es una condición para mantener la salud de los pueblos, para mantener la posibilidad de afirmarnos como seres humanos y no como autómatas. Por ello los pueblos que mantienen la jovialidad del pensamiento no abrogan la verdad, sino que hacen metáfora del pasado para pervertir sin menoscabo las ideologías imperantes en las que la historia es algo muerto. Para tales pueblos está perfectamente claro que “la historia se vengará de nosotros si no comprendemos el pasado” y por ello desarrollan un pensamiento rebelde y jovial, en el que la historia se interpreta como un arma para luchar en contra de la domesticación del pensamiento que priva en las escuelas, en las plazas y en las instituciones fieles a la ideología dominante.

Ahora bien, de manera apresurada se pudiese creer que de ningún modo poner en palabras la verdad de lo pretérito modifica algo del presente; compartir tal creencia implica tener un total desconocimiento de que toda verdadera revolución inicia con una modificación en las palabras, con una revolución en el lenguaje como bien lo mostró Octavio Paz. Bajo esta creencia es que se reproduce una historia inocua que, conformada de eventos gloriosos, traduce a datos estadísticos e interminables fechas al inmenso e inacabable tiempo pretérito hecho más de eventos que de fechas.

El pasado es un libro en el que apenas hemos abierto y leído algunas páginas; de tal lectura se alimenta la memoria, que las traduce en imágenes y en palabras. Es innegable que estas palabras y estas imágenes no pueden cargar con todo el peso de lo real y, sin embargo es lo único que le otorga sentido, es lo que hace que sea historia. Por esto mismo las historias no son mera palabrería en la que están en juego sólo las ficciones del

lumpen proletariado, las lecturas sesgadas de las clases dominantes o las imágenes sin escrúpulos de la historia continua endiosada en nuestras escuelas.

Las historias verdaderas son verdaderas metáforas de la realidad y en ello reside su verdad; no se agotan en la objetividad del documento y el monumento, sino que tienen su sustento en la imaginación forjada en el sufrimiento y la exaltación. Por ello cuando hago referencia a la venganza de la historia, dirijo la atención hacia las conciencias que callan y ni incidentalmente entreven la posibilidad de que los pueblos han padecido cada vez que han sido condenados a olvidar. Aún en la tragedia griega el héroe trágico se instala en el olvido y cierra los ojos a la responsabilidad que la historia le confiere. Tal es el caso de Edipo rey, que no se permite abrir los ojos a la verdad de su historia, de ahí que sólo una vez puesta a la luz tal verdad, opte por sacarse los ojos. He aquí un claro ejemplo de la venganza de la historia.

Represión, temor y olvido adquieren sentido cuando se trata de la verdad. Es en virtud a tal dirección que podemos hablar aquí de que la verdad que no sale a la luz porque no quiere ser vista, es la verdad que está reprimida aún cuando los pueblos padecen las penurias de la ausencia de verdad. Tales pueblos entonan historias supuestamente verdaderas, hacen suyo el triunfo de los vencedores, aunque en estas historias no haya más perdedores que quienes son obligados a entonar las victorias de los conquistadores. Como es de suponerse, la represión interna se amolda y educa por la represión externa, pues nada hay más efectivo para reprimir que hacer repetir a todo un pueblo las historias oficiales. La represión interna se liga inconscientemente a la represión externa y supone la inexistencia de la primera, por ello compone milongas para los agigantados héroes y destina algunas líneas para los héroes olvidados que al paso del tiempo se desdibujan.

Aún cuando la represión es el pan de cada día cabe preguntar ¿es posible aniquilar los signos registrados en la memoria, esos signos que para cierto modelo de conocimiento –que se creó para justificar a las clases en el poder–, constituyen el dato bruto de la historia?

Lo cierto es que existen impedimentos para hacer un ejercicio del pensamiento en el que esté en juego la memoria, pero también el olvido. No se trata de optar por la memoria o por el olvido –como si pudiésemos disponer a capricho de ambos–, sino de juguetear con el pensamiento de modo que los mínimos detalles puedan dar paso, por sustitución, a un pensamiento global en el que al pasado se constituya como la suma de recuerdos y olvidos. Sólo así es posible que el pasado pueda tener significado y sentido, pues de lo contrario sólo se demoraría en los detalles, mera inmediatez o, en el peor de los casos, daría paso a la construcción de una historia engrandecida. No hay que perder de vista que si se olvida en exceso lo mismo que si se recuerda sin discriminación, las condiciones del pensamiento se perturban, es decir que, por una parte, se está frente a la construcción de un pensamiento desmesurado que se instala en los puntos radicales de un péndulo y, por otra parte, se instala en la certeza de un conocimiento absolutamente verdadero que no estima sino la inseguridad y blandengue creencia que estigmatiza todo bajo el reino del más rampón relativismo al que bien le vendría el nombre de “el imperio del matiz”.

Conciencia y memoria

El filósofo alemán Hans-Georg Gadamer ha enseñado que la historia tiene un efecto en el sujeto en tanto su memoria se encuentra sustentada en la tradición. Ese efecto puede, sin duda, ser ruinoso, pues la historia se venga no castigando el entendimiento, sino también el cuerpo. Siendo así, puedo aventurar la idea de que la conciencia tiene que ver con algo heredado, o algo que por su ausencia nos deshereda. En este sentido es que puedo asimismo preguntar ¿en qué medida o de qué alcance es el poder que ejerce el pasado sobre los pueblos, sobre las memorias, sobre el cuerpo mismo?

Para tratar de responder a esto pensemos qué implica que advenga el reino del olvido. En primer lugar, la ausencia del pasado –por efecto de la represión y el temor que obra en el afán de convertir al pasado en algo monumental y glorioso, pero igualmente muerto como bien lo ha mostrado el malogrado antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla en el ya clásico libro de *Méjico profundo*– desarraiga a los pueblos que no conocen más que celebraciones llenas de ficción e ideología, meros remedos de

historia aderezados con los productos de la mercadotecnia y de un soez patriotismo.

En segundo lugar es imposible la conformación de una conciencia crítica, que cuestione la realidad cuando la verdad ha sido distorsionada, y no por efecto del olvido, sino por la agudeza de la represión que convierte a la materia del recuerdo en el alimento de la gran Historia. Cabe decir, sin embargo, que al hacer metáfora del pasado, la memoria posibilita el advenimiento de la conciencia crítica, pues de este modo el lenguaje subvierte las trampas de los discursos en los que la vida sólo es el resultado de un tranquilo y gradual efecto del pasado.

La conciencia social permite develar cosas y situaciones que de otro modo son imposibles de captar, apreciar o criticar. En otras palabras, sólo la conciencia social se constituye como un lenguaje crítico que permite diferenciar las contradicciones entre las clases sociales, las diferencias abismales entre los pueblos y, simultáneamente devela los mecanismos de opresión y los dispositivos de poder implementados con el único fin de avasallar los modos críticos del pensamiento. En síntesis, la conciencia social implica un ejercicio jovial del pensamiento, una manera de desapegarse de la medianía, de la enajenación y de la imposibilidad de pensar por uno mismo.

Es el pasado el que persigue a los pueblos en la medida en que estos lo rememoran o lo olvidan. Pero ¿cuál es la consistencia del pasado? ¿Qué tipo de entidad es el pasado? ¿No es acaso, en gran medida, sólo la suma de invenciones e interpretaciones? Ante tales cuestionamientos cabe mencionar, en primer lugar, que el predominio de la invención y la interpretación hacen que la posibilidad de objetividad del conocimiento histórico bajo los cánones del positivismo se tambalee. No es posible hablar más de un discurso histórico objetivo, no por lo menos bajo el criterio de objetividad que exige la ciencia positiva. Es cierto que el pasado “en sí mismo” constituye la infraestructura de las interpretaciones y las invenciones que de alguna manera son el fundamento de las investigaciones de las ciencias históricas. Como se puede observar, este es un panorama nada halagador para caracterizar el conjunto de obras históricas armadas en el supuesto de edificación de sólidos sistemas de conocimiento histórico.

En segundo lugar, pensar al pasado como la suma de interpretaciones e invenciones implica anular la posibilidad de éste como algo hecho, que está ahí para ser descubierto e inventariado. La memoria es una gran inventora, *la memoria, portentosa mitógrafa, falsa historiadora, unidora de mentiras piadosas, siempre lista para rescatar del naufragio al yo, héroe y protagonista de una novela autobiográfica tan ficción como él mismo*¹ Cabe entonces preguntar ¿qué tipo de realidad produce el conocimiento histórico que se guarda en las páginas de un libro o se proclama desde una tribuna universitaria? ¿Qué nos garantiza la objetividad del conocimiento histórico?

El dilema que ahora se presenta no es el de la objetividad del conocimiento histórico, sino el de dilucidar –en el sentido de sacar a la luz, hacer lúcido algo– los procesos de pensamiento que intervienen en la invención/interpretación de lo pretérito, así como la clase de pensamiento que de este modo reconstituye. De ahí que no es un extravío considerar el papel que juega la represión en la constitución de la memoria, por lo menos de la memoria que se relata, que se externa, que se hace pública, pues es ésta el alimento de la historia y no los documentos y los monumentos que sólo contribuyen a una narración continua denominada la gran Historia.

Es verdad que la represión es condición del olvido y la memoria, pero la saturación de recuerdos implica también el olvido, como se puede leer en la novela de Milan Kundera *El libro de la risa y el olvido*, pues resulta que de la saturación de noticias y novedades, la memoria se hincha y termina por hacer del recuerdo un olvido entre otros olvidos.

Sin represión no hay metáfora, pero la supuesta ausencia de represión de los autorizados a escribir la historia implica saturación de la memoria, perderse en el detalle, en la invención de un pasado cuajado de bondad, de cotidianidad, de *happy end*, aún en el caso en el que los pueblos pobres y hartados de injusticia no constituyan el final perfecto y feliz de una narración continua.

La metáfora que enfrenta a la represión, en cambio, es la posibilidad de creación de un nuevo sentido, de escapar a la alienación de la cultura, la posibilidad de pensar en la medida en que pensar es pensar siempre lo

¹ BRAUNSTEIN, Néstor A. *La memoria, la inventora*, Siglo XXI, México, 2008, p. 19.

mismo pero de múltiples maneras. Sólo en tal estado – “placer de la reflexión” como lo denominó Kant–se interna en el estado fundamental del ser-hombre, pues es la condición de posibilidad de la existencia histórica del hombre.

Memoria y verdad

Una vez aclarado el vínculo entre memoria, represión e invención, se ha abierto la posibilidad de pensar en la indisociable relación entre memoria y verdad. Indisociable en el sentido en el que la una supone la otra, pues aún a pesar de que la educación implica cierto ejercicio de la memoria – quizás el más insano en la medida en que conduce y reduce la capacidad memorística–, no puede evitar que se filtren residuos de verdad. La memoria promovida por las instituciones abreva en las aguas del olvido a partir de una vieja estrategia de la comunicación que se mueve en el ocultar-mostrando. ¿Qué significa esto? Que los libros de texto promueven una idea de un pasado grandioso y glorioso que es el alimento de la historia; aún así, y por una condición de rebeldía humana difícil de domeñar, la verdad aparece en el momento en el que la realidad se devela y la falsa conciencia cabecea, y en este sentido irrumpre como memoria crítica. ¿Qué es la memoria crítica? El único intento por recuperar la verdad no contada en los libros, por cuestionar las versiones oficiales, por insistir en la develación de la verdad. Sin embargo habría que preguntar ante esto ¿Cuál es el efecto que el ejercicio de la memoria crítica tiene sobre la conciencia de los pueblos? ¿Están los pueblos preparados para soportar la verdad que años de pedagogización del entendimiento han ocultado? O más puntualmente ¿Cómo contrarrestar la sujeción del pueblo por efecto de las grandes Historias?

Los griegos emplearon la palabra *aletheia* para referirse a lo develado, lo puesto a la luz y de ese modo evitaron caer en la polarización verdad/falsedad. En tal sentido, lo puesto a la luz intempestivamente puede, por efecto de una de las propiedades de la luz, deslumbrar. Por tal circunstancia habría qué considerar como una vía de acceso a lo verdadero –para evitar el deslumbramiento– el maquillaje de la historia oficial que funcionaría como una capa protectora que permitiría estratégicamente hacer ciencia verdadera entreverada en el discurso de los vencedores; esto es,

sin duda, una labor de verdaderos historiadores y no de acólitos de los poderosos.

No está de más considerar también que la consonancia entre lo verdadero y lo bello a la que aludía Platón remite a un estado de fuerza –de un individuo o de un pueblo–, en el que se impone por encima de la apariencia la verdad –aunque cabe aclarar aquí que lo que me interesa destacar es la fuerza incontenible de la verdad y no la noción platónica de verdad. Es en este sentido donde adquiere relevancia la frase “la fuerza de la verdad” es decir, la capacidad de romper abruptamente en medio de la mera grifería las palabras y las imágenes que se resisten a ser atrapadas y ablandadas por la conciencia medrosa agazapada en la linealidad del lenguaje formal de la historia. En otras palabras, es en el lenguaje en donde se construye la posibilidad de la apertura para la emergencia de la verdad, pero no una verdad esencial que se supone como absoluta e inmutable, sino una verdad que adquiere sentido cada vez que se actualiza-historiza. El ejercicio de la memoria crítica implicado con el amor a la verdad ha sido desde siempre una de las armas más poderosas para subvertir el tiempo lineal y continuo de los discursos históricos que sólo justifican el orden presente por más tiránico que este sea. Es así que contra los dictados de la lógica tradicional, la esencia de lo verdadero se trasmuta y ofrece al entendimiento la posibilidad de la interpretación. Por ello hay que preguntar de manera más profunda qué es lo que se entiende por verdad y, consecuentemente, por verdad histórica.

Asimismo la belleza que nos liga más a nuestro cuerpo se constituye como una vía regia para la verdad, pues es el cuerpo el que se encoleriza y tiembla ante las injusticias presentes, en la medida en que ve, escucha y palpa los infortunios a los que han conducido las creencias en las palabras expuestas como la historia pública, palabras que no conocen la discriminación y, por tanto, la crítica –pues la crítica es, desde Kant, el poder de discriminación, de circunscripción no sólo de lo dicho, sino de lo entendido.

Cuando revisamos un diccionario de sinónimos no es gratuito encontrar a la fábula y la ficción como análogos de la historia. Entonces, la historia se percibe como una ilusión y esto acontece cada vez que la atisbamos y la aislamos del acontecer presente *por mor* de los intereses de las clases

dominantes. Pero por esto mismo es necesario recuperarnos como seres de memoria, como ingresados y dispuestos a la resistencia cada vez que se reactiven programas de conquista y dominación. ¿En qué momento la existencia humana se vuelve histórica? En el momento en el que conquista en la memoria un espacio y se inserta en ella. Lo importante es aquí preguntar en qué cercanía o lejanía se encuentra ese saber –el saber de la memoria– de lo nombrado, es decir, de lo historizado. El saber tiene un carácter vinculante, una fuerza que une lo nombrado con lo que nombra, pues así es como se conquista la historia. De esta manera es que podemos afirmar que somos seres históricos, pues la existencia histórica no es otra cosa que asumir y llevar a cabo la más elevada determinación esencial del ser-hombre que es la resistencia y la exacerbación ante lo injusto.

El vínculo Historia y conciencia social implica elevarse más allá de sí –es decir, el abandono de un casi necesario interés personal sobre las cosas–, para llegar a la corresponsabilidad de nosotros para con los eventos históricos en los que se desdibuja, de una vez por todas, la grandeza o pequeñaza del individuo. Implica entonces ver las cosas de un modo más pleno, más fuerte, sin el obstáculo de la ambición personal en la que se gasta la mayor parte de la existencia. Sostenerse con justicia aún ante la ley más injusta, significa arrostrar la indigencia de una verdad histórica creíble, pero bastante desventurada. No cabe sino presurizar la vida –aún en sus malgastadas formas– interpretando, pensando y haciéndose fuerte ante la presión exterior. Pero ¿Qué es la conciencia social? Evitemos caer en alguna definición psicológica, pues regularmente éstas trabajan a la conciencia como cosa dotada de funciones como sensaciones, percepciones, emociones y sentimientos. La conciencia social implica pensar la realidad social existente, lo que significa analizar tal realidad con el único fin de poner a la luz sus contenidos políticos, ideológicos y económicos para ver en qué medida cumplen o no con sus cometidos, pues de otra manera habremos fracasado como seres históricos.▲